

vivia, por decirlo así, de abstinencia, no comiendo más que tres onzas de pan y tres accitunas por la tarde. Y esto era todavía una relajacion de sus primeros ayunos; puesto que antes pasaba frecuentemente las semanas enteras sin comer. Dios le habia concedido el dón de curar á los enfermos de cualquier especie de mal que padeciesen. Habia aparecido por los tiempos de Rufino, despues de setenta años en su desierto, sin que ninguno de los antiguos solitarios pudiese precisar en qué tiempo se habia hecho monje.

Rufino y Paladio nombran tambien entre los solitarios vecinos de estos, y que resplandecian por el brillo de su penitencia y de sus virtudes, á Salomon, Eulogio, Diós oro, Apeles, etc. No reproducimos los detalles que dan, por no ofrecer nada de particular.

SAN PABLO, EL SIMPLE¹.

San Pablo, por sobre nombre el *Simple*, porque estaba exento de toda malicia, y tenia naturalmente una gran simplicidad, fué uno de los más célebres discípulos de San Antonio, y aun el más antiguo, como se dice en la vida de Santa Tais penitente. Abrazó muy tarde la vida monástica, habiendo vivido en matrimonio hasta la edad de sesenta años, ó cerca de ellos, en un pueblecito de la Tebaida, en donde hacia de labrador.

La mala conducta de su muger le determinó á retirarse á la soledad. Despues de haber andado errante ocho dias por el desierto, llegó al lugar en donde moraba San Antonio y

¹ Rufino Paladio.

formó la resolucion de ser discípulo de un tan excelente maestro.

Llamó á la puerta de la celda del Santo y le descubrió el designio que habia formado. Pero Antonio, juzgando que era demasiado viejo para imitar en esta edad su estado de vida, le dijo que se fuese más bien á algun pueblecito á ganarse la vida con el trabajo de sus manos ó, si absolutamente habia resuelto abandonar el mundo, que entrase en alguna casa de religiosos, cuyas prácticas fuesen menos austeras que las de los anacoretas, y en donde seria aun más socorrido en su vejez. Y despues de esta respuesta encerróse en su celda.

Pablo no se desanimó: quedóse en el mismo punto, esperando que el Santo abriese de nuevo su puerta, y concediese á su perseverancia lo que le habia negado al principio. Así pasó tres dias con tres noches aguardando con humilde paciencia, hasta que al cuarto dia, habiendo salido San Antonio, presentóse todavía delante de él, instóle nuevamente, y protestó que queria morir en aquel lugar. El Santo, que se apercibió que no tenia provision alguna, temió que un tan largo ayuno, al cual no estaba acostumbrado, le pusiese en peligro de muerte y se cargara su conciencia. Recibióle, pues, pero con la resolucion de obligarle á retirarse pronto de él, por si mismo, disgustándole por las rudas pruebas á que le someteria, pues no podia persuadirse que sostuviera los trabajos de la vida solitaria en una edad tan avanzada.

Díjole, pues, que podia llegar á santificarse si queria someterse enteramente á la obediencia; lo cual le prometió Pablo con sinceridad de corazon. La primera prueba que exigió de su sumision fué que permaneciese en oracion fuera de la celda y que no se moviera del puesto hasta que viniese á traerle con que trabajar; pero él se encerró en su celda, observando á escondidas por la ven-

tana, si cumplia exactamente lo que le habia prescrito. Dejóle asi expuesto al ardor del sol durante el dia y al fresco de la noche, sin que Pablo cambiase jamás de situacion ni cesase en su oracion.

Despues de esta larga y penosa prueba, en la que el Santo tuvo ocasion de admirar bien su docilidad y paciencia, le llevó ramas de palma y le dijo que trabajase de la manera que se lo veria hacer ; y cuando hubo terminado la obra, le dijo que no lo habia hecho bien y le ordenó que la deshiciese para hacerla mejor, lo cual hizo el trabajo todavia más largo y más penoso ; á lo cual se rindió Pablo, sin que apareciese en su rostro la menor señal de inquietud.

San Antonio le propuso despues comer y le mandó que preparase la mesa sobre la cual puso cuatro panes de seis onzas que debian componer toda la comida. Era natural que despues de un tan rudo trabajo y un ayuno tan prolongado, Pablo comiese con avidez ; y en esto era en lo que le aguardaba el Santo para juzgar bien de su obediencia ; pero el discípulo, que en todo queria conformarse á su maestro, le observaba tanto como era él observado á fin de regularse por él, y no mostró menos indiferencia que el Santo por los panes que estaban ante sus ojos.

Aguardó sin pena á que su maestro hubiese rezado doce salmos y doce oraciones, que tambien él rezó juntamente antes de sentarse á la mesa, y por exeso de moderacion, sometióse con la misma docilidad cuando el Santo, en lugar de permitirle comer, quiso que se contentase con haber visto la mesa parada, le mandó que se fuese á acostar sin haber tomado alimento alguno, despertóle á media noche para orar, y no le dijo finalmente que comiese hasta el dia siguiente por la tarde, despues de haber rezado de nuevo los doce salmos y las otras oraciones.

Entonces fuéle permitido á San Pablo tomar su refecion. Pero atento siempre más y más á imitar á su maestro, no

quiso comer más que un pan, como le vió hacer á él, aun cuando el Santo le instó á comer más, alegando por razon que queria ser monge como él, puesto que San Antonio le habia dicho que solo comia un pan porque era monge.

Despues de pasado algun tiempo en semejantes pruebas, durante el cual S. Antonio habia aumentado expresamente sus austeridades para ver si se desaninaria, y estando del todo satisfecho de su sumision y de su fervor, le dijo finalmente : « Hermano mio, si podeis vivir todos los dias como lo habeis hecho hasta aquí, consiento que os quedeis conmigo. « A lo cual él respondió : » « Yo no sé si teneis algo más dificil para prescribirme ; pero no siento pena en practicar lo que os he visto hacer hasta el presente ». Entonces S. Antonio, no dudando ya de que Dios se lo habia enviado para imitar su género de vida, recibióle del todo bajo su conducta por medio de las siguientes palabras que le dijo : « Heos ahi, hermano mio, hecho monje en nombre de Nuestro Señor ».

Pablo, declarado así religioso por su bienaventurado Padre, aplicóse con todo el afecto de su corazon en conformarse con sus saludables avisos, y el Santo por su lado le dió todos los que le podian conducir á la perfeccion de su estado. Recomendóle entre otras cosas que suavizara con el trabajo de las manos las penas de la soledad ; que levantara frecuentemente su espíritu á Dios mientras que sus dedos se ocupasen en obras materiales ; que no comiese sino por la tarde, y que jamás se saciase, sobre todo respecto de la bebida, aun cuando no fuese más que de agua.

Como S. Antonio comprendiese que debia hacerle andar por el camino de la obediencia, no dejó de probarle en esta virtud y hacerle ejercitar en actos de ella, recomendándole frecuentemente cosas que parecian chocantes á la razon á fin de que no encontrase jamás qué replicar á lo que le mandase, y llegase á aquella perfecta renuncia del

propio juicio que hace que no se examinen las órdenes de los superiores.

Así le ordenó una vez que durante un día entero sacase agua de un pozo y la derramase por tierra. Dijole asimismo que deshiciese unas cestas que habia hecho y las hiciese de nuevo; que descosiese un hábito, luego que volviera á coserlo, y por último que lo descosiese otra vez. En otra ocasion, como le hubiesen llevado un pote de miel, le ordenó que lo hiciese pedazos, dejando derramar la miel y que en seguida la recogiese con una concha, recomendándole que tuviese cuidado en que no se mezclase con ella ninguna porqueria. En todas estas cosas fué siempre pronta y ciega la obediencia de Pablo.

Estaba tambien tan atento á las menores señales de S. Antonio, que las tomaba todas con todo rigor como si fueran órdenes expresas de Dios. Habiendo ido á ver al Santo algunos de los más famosos solitarios, entróse á hablar de las más levantadas materias de la vida espiritual, pasando en seguida á un largo discurso sobre Jesucristo y los profetas. Hallábase presente Pablo, y preguntó con sencillez si los profetas eran antes que Jesucristo ó Jesucristo antes que los profetas. San Antonio se avergonzó por él de una pregunta tan poco sensata; hizole señal con mucha dulzura, segun acostumbraba á hacerlo con los más sencillos, de que se retirase y guardase silencio.

Pablo obedeció á esta orden tan escrupulosamente que ya no habló más y ni siquiera aparecia entre los otros hermanos. Advirtiése esto á San Antonio quien le preguntó la causa, y cuando la hubo conocido de su boca, admirando su exactitud en obedecer á una orden que él no habia pretendido que fuese tan allá, dijo á los otros solitarios: « En verdad, este nos condena á todos; porque mientras que nosotros no escuchamos á Dios que nos habla desde lo alto

Tome I.



propio juicio que hace que no se examinen las órdenes de los superiores.

Así le ordenó una vez que durante un día entero sacase agua de un pezo y la derramase por tierra. Dijo también que deshiciese unas cestas que había hecho y las hiciese de nuevo: que despusiese un hábito, luego que volviera a hacerlo, y por último que se despusiese otra vez. En otra ocasión, como le mandaba llevar un pote de agua, le ordenó que al llevarlo se acordase de derramar el agua y que en seguida se agachase por una concha, para que el agua que caía se mezclase con la arena y no se perdiese. En todas estas cosas fue siempre pronta y ciega la obediencia de Pablo.

Estaba también tan atento á las menores acciones de S. Antonio, que las tomaba todas con todo rigor como si fueran órdenes expresas de Dios. Habiendo ido á ver al Santo algunos de los más famosos solitarios, entróse á hablar de las más levantadas materias de la vida espiritual, pareciendo en seguida á un largo discurso sobre Jesucristo y sus profetas. Después presentó Pablo, y preguntó que le enseñase á ser perfecto. S. Antonio le respondió que el que quiere ser perfecto debe ser como un árbol que se levanta en medio de un desierto, y que se levanta en silencio con los ángeles, y que se levanta en silencio.

Pablo obedeció á S. Antonio tan perfectamente que ya no había más que decirle. Después de esto le preguntó la causa, y cuando la oyó, comenzó á hablar en su boca, admirando su exactitud en obedecer á sus órdenes que él no había pretendido que fuese tan allá. Dijo á los otros solitarios: « En verdad, solo nos condena á todos, porque mientras que nosotros no escribíamos á Dios que nos habla desde lo alto

Tome 1.



Gravé par

Paris

Saint Apollon.

San Apolo.

del cielo, veis cómo él observa la menor palabra que sale de mi boca. »

El Santo sirvióse también frecuentemente del ejemplo de Pablo para con los hermanos, para demostrar que los que quieren ser perfectos no deben guiarse por sí mismos, ni seguir demasiado sus propios sentimientos, aun cuando les parezcan justos; sino que ante todas cosas hay que acostumbrarse á renunciar á sí mismo, sobre todo á su misma voluntad, conforme al ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo que decía que no había venido al mundo para hacer su voluntad sino para hacer la de su Padre celestial.

En efecto, á causa de los grandes progresos que su bienaventurado discípulo hizo en esta renuncia de sí mismo, llegó á una tan alta perfección, que S. Antonio no le miró ya como un discípulo sino como un solitario que podía vivir solo, y por esto le edificó una celda á tres ó cuatro millas de la suya, diciéndole: « Héos ahí hecho monje por la gracia de Jesucristo; permaneced pues ahora llevando una vida particular, á fin de que aprendais á combatir contra los demonios, y acordaos que estos frecuentes combates que hay que sostener en el desierto, nos obligan á una oración continua la cual es además un gran medio para adquirir la perfección. »

Después de esta separación, el Santo no dejó de ir á verle de tiempo en tiempo á su nuevo retiro, y tenía el consuelo de encontrarle siempre ocupado en ejecutar fielmente todo cuanto le había prescrito.

Apenas había Pablo pasado un año en su nueva celda, cuando quiso Dios manifestar en él el caso que hace de la sencillez y obediencia, y confirmar con esplendor la estima que S. Antonio tenía de su virtud. Concedióle el don de milagros, y sobre todo una gracia tan poderosa para arrojar toda clase de demonios de los cuerpos de los posesos, que hacía mayores prodigios, y aun en mayor nú-

mero, que su bienaventurado maestro, tanto que en poco tiempo se hizo muy célebre y desde bien lejos venian á él para ser curados.

San Antonio temió que la importunidad de tantas personas no obligase á Pablo á huir al fondo del desierto, despues que habia gustado las atractivas dulzuras de la contemplacion y de la soledad. Recomendóle que no le abandonase y se encargó de recibir á los que iban á verle; pero cuando se encontraba con enfermos ó posesos que no podía curar, se los enviaba, estando persuadido que en esto habia recibido una gracia más extensa; y en efecto, Pablo no dejaba jamás de curarlos.

Su sencillez le hacia tener una confianza tan extrema en Dios, que habiendo cierto dia sido llevado á él un jóven poseido de uno de los mas obstinados demonios y tan furioso que proferia blasfemias contra el cielo y despedazaba á todos los que osaban acercársele, el Santo, despues de haber en vano orado largo tiempo con fervor, dijo á Dios: « En verdad, yo no comeré en todo hoy si no le curais. » Y al instante, como si Dios temiese el disgustar á una persona á quien amaba con ternura y que le era tan querida, el poseso se vió libre.

Pablo habia recibido tambien la gracia singular de conocer el fondo del corazon de los que entraban en la Iglesia y el estado de su conciencia, que veia tan claramente como los otros ven su rostro. Encontrándose en un monasterio, en el que se habian reunido muchos hermanos para conferenciar sobre cosas espirituales, fuéronse á la Iglesia despues de la conferencia para celebrar los santos misterios. Pablo consideró los que entraban y veales á todos con un rostro luminoso en el que resplandecía el gozo y el buen estado de su alma, teniendo cada uno su ángel que testificaba un gran contento por su santa disposicion. Pero vió á uno, cuya conciencia manchada por el pecado, le hizo aparecer

á sus ojos el cuerpo negro y cubierto de una nube sombría, teniéndole atado el demonio y siguiéndole de lejos su ángel triste y abatido.

Por más consuelo que recibió por la virtud de los otros, el deplorable estado de este le conmovió tanto, que se puso á llorar y gemir, y permaneció fuera de la iglesia sin querer entrar en ella. Aquellos solitarios que advirtieron su afliccion, creyeron que Dios le habia dado á conocer que su conciencia estaba en mal estado, y se apresuraron á preguntárselo á fin de hacer penitencia. Pero él nada quiso decir y quedóse prosternado en tierra á la puerta de la iglesia, no cesando de llorar y gemir.

Esperó á que terminara el Santo Sacrificio, para ver si aquel que habia asistido al mismo con esas malas disposiciones, saldria cambiado. Pero Dios, atento á sus oraciones y á sus lágrimas, habia concedido á este pecador la gracia de la contricion y de la penitencia durante el Sacrificio, y Pablo le vió salir con una santa alegría pintada en el rostro, con el cuerpo tan blanco como negro le habia parecido antes, y el demonio no le seguia ya sino de lejos, y su buen angel, que estaba á su lado, demostraba un gozo extremo por su conversion. A esta, vista, levantóse Pablo trasportado fuera de sí mismo, admirando las misericordias del Señor, y exclamó con todas sus fuerzas: « ¡ Oh bondad inefable de Dios. ¡ cuán grande es su compasion! ¡ cuán inmenso es su amor hacia nosotros! » Al mismo tiempo corrió á colocarse en un lugar eminente, y levantando cuanto pudo la voz decia: « Venid, venid á ver cuán maravillosas son las obras de Dios. Venid á ver cómo quiere él que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Venid, adoremos al Señor; prosternémonos ante él, y digamos: Solo vos, oh Dios mio, podeis perdonar los pecados. »

Todo el mundo acudió para saber qué era esto. Él les

contó lo que Dios le habia dado á conocer, y rogó á aquel en quien habia visto un cambio tan feliz que dijese cómo se habia obrado en él. Este no pudo negar la verdad: declaró que habia estado hasta entonces sepultado en el pecado; pero que, habiendo oido leer en la iglesia un pasage de Isaías, en el que Dios promete perdonar á los que sinceramente se conviertan, habia entrado dentro de sí mismo, y con sentimiento de una viva compuncion habia dirigido á Dios la siguiente súplica: « ¡ Dios mio que vinisteis á este mundo para salvar á los pecadores y que, por vuestro profeta nos habeis hecho las promesas que acabo de oir, haced que yo sienta su efecto, aun cuando soy un gran pecador y muy indigno de vuestra gracia! Yo os prometo y protesto con todo mi corazon que desde este momento renuncio al pecado, que no volveré á caer más en él y que os serviré en adelante con una conciencia pura. Recibidme, pues, al presente, Dios mio, porque quiero hacer penitencia. Perdonad á un pecador que os suplica que borreis su crimen y que renuncia sinceramente al pecado. »

La pública confesion de este penitente edificó á todos los asistentes. Estos no admiraron menos la misericordia de Dios que el conocimiento que habia dado á su siervo del estado de este hombre y de la gracia que le habia otorgado, y dieron por ello muchas acciones de gracias al Señor, en alta voz.

Dios reveló tambien á su siervo el perdon que habia concedido á la penitente Thais, de la cual hablaremos en su lugar. San Pafnucio la habia convertido; y al cabo de tres años que la habia tenido encerrada en una celda de un monasterio de vírgenes, para hacer penitencia, fué á rogar á San Antonio que pidiera al Señor que le diera á conocer si la habia perdonado. El Santo juntó á sus discípulos y mandóles pasar la noche en oracion, para ver si Dios les reve-

laria lo que Pafnucio deseaba saber, sin explicarles lo que era. Pablo fué á quien Dios se lo dió á conocer: vió en el cielo una soberbia cama, guardada por tres vírgenes resplandecientes de gloria, y creyó que estaba reservada para su padre espiritual San Antonio; pero oyó una voz que le dijo que estaba destinada para Thais la pecadora convertida. Habiendo Pablo al dia siguiente contado esto, comprendió Pafnucio que Dios estaba satisfecho de su penitencia. Ella no sobrevivió mucho tiempo á la seguridad de su perdon.

El *Martirologio romano* señala la fiesta de San Pablo el dia siete de marzo.

SAN SISOES O SISOIS ¹

Sisoes fué una de las más brillantes lumbreras de la soledad y mereció ser llamado por Nuestro Señor el vaso de eleccion del desierto. Renunció al siglo siendo todavia muy jóven y moró desde un principio en un monasterio de Sceté². Despues que se hubo allí ejercitado durante algunos años en renunciarse á sí mismo y en los trabajos de la penitencia, el desierto de Sceté le pareció demasiado frecuentado, por lo cual pasó el Nilo y se retiró en la montaña en la que San Antonio habia muerto hacía poco tiempo.

La memoria muy reciente de las virtudes de este santo patriarca no contribuyó poco á reanimar su fervor, como

¹ *Vitæ Patrum*, Catelin, Bulteau. Aunque san Sisoes vivió hasta el año 429, debe ser contado entre los solitarios del siglo cuarto, porque cuando murió hacía ya setenta y dos años que llevaba la vida religiosa.

² El desierto de Sceté estaba en el Bajo-Egipto, al oeste del Delta, cerca de las montañas de Nitria.